

Experiencia y Fabulación en las Guerras Civiles de Granada de Ginés Pérez de Hita.

M^a Soledad CARRASCO URGOTTI

*Juan Martínez Ruiz,
In Memoriam*

Las páginas que siguen comentan los dos libros que engloba el rótulo *Guerras Civiles de Granada*¹. En el primero aparece como subtítulo tras el encabezamiento inicial, *Historia de los bandos de Abencerrajes y Zegrís (1596)*, que define con más o menos exactitud el tema de la disensión en el seno del estado e identifica el sujeto colectivo, ya que los linajes nobles nazaríes representan el reino. La llamada *Segunda parte de las Guerras civiles de Granada* –acabada en 1597 y publicada en 1619–, trata de la rebelión de los moriscos de 1568. El protagonismo incumbe en este caso a la población del reino de Granada. Esta convergencia vincula dos obras en que prevalecen modos de escritura claramente diferenciados².

Su destino fue también muy distinto, ya que sólo el primer libro gozó de notable popularidad. Hasta finales del siglo XIX deleitó a muchos lectores, dentro

1. Ginés Pérez de Hita, *Guerras civiles de Granada*, edición, introducción y notas de Paula Blanchard-Demouge (Madrid, Centro de Estudios Históricos, 1913-1915), 2 vols. Las referencias insertas entre paréntesis en el presente estudio remiten a esta edición, indicando volumen, capítulo y página.

2. Sin embargo, la interesante tesis doctoral de Diana Sieber Williams, defendida en mayo de 1993 en la Universidad de Princeton, propone que la obra de Pérez de Hita pertenece en sus dos partes al género histórico, no según el concepto moderno del mismo, pero sí según los criterios de la época.

y fuera de España³. Hoy, sin embargo, se conoce poco, excepto entre los estudiosos de la literatura del Siglo de Oro. Por ello y porque en las dos últimas décadas interpretamos de manera diferente el arte, la personalidad y las motivaciones de Pérez de Hita⁴, me ha parecido oportuno ofrecer un comentario de carácter general, antes de abordar el tema concreto del autobiografismo. Debo advertir que la meta primera de la comunicación y la conferencia que aquí se recogen fue examinar la Segunda parte de las *Guerras civiles de Granada* como libro de memorias, pero resultó insoslayable tratar de las amplificaciones novelísticas, por su imbricación con las preocupaciones y experiencias del autor. Por otro lado, el modo autobiográfico emerge ya, aunque de modo incipiente, en el primer libro, y es obligado abordarlo.

El autor y su entorno.

El autor de las *Guerras civiles de Granada* pertenecía a la misma generación que Cervantes y Mateo Alemán, generación llamada a crear nuevos mundos de ficción. La obra de Pérez de Hita guarda respecto a la novelita morisca *El Abencerraje* una relación comparable a la que guarda con el *Lazarillo*, la *Vida de Guzmán de Alfarache*, aunque hay que contar con el romancero nuevo, como

3. Sobre ello remito a mi tesis doctoral *El moro de Granada en la literatura* (1956). Ed. facsimil con un Estudio preliminar por J. Martínez Ruiz, (Granada, Universidad, Colección Archivum, 1989); Neal A. Wiegman, *Ginés Pérez de Hita y la novela romántica* (Madrid, Plaza Mayor, 1971), y Alexandre Cioranescu, *Le Masque et le visage. Du baroque espagnol au classicisme français* (Genève, Droz, 1983), pp. 422-431.

4. Cf. los estudios de Francisco Márquez Villanueva y Luce López-Baralt, citados infra, notas 16 y 17. Mi opinión sobre la tesis implícita en las *Guerras civiles de Granada* se expuso en la comunicación "Ginés Pérez de Hita frente al problema morisco", *Actas del IV Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas*, 1971 (Salamanca, Universidad, 1982), vol. I, pp. 269-281 y con más amplitud en *The Moorish Novel: El Abencerraje and Pérez de Hita* (Boston, Twayne, 1976). Las investigaciones realizadas por Juan Guirao García y Manuel Muñoz Barberán, citadas infra, nota 15, prueban que Pérez de Hita vivió en estrecho contacto con familias moriscas, y se movió dentro de un ámbito artesanal de carácter mudéjar. Ello explica que se refleje fielmente en su obra el modo de vestir de los granadinos adinerados, como constató Juan Martínez Ruiz, "La indumentaria de los moriscos, según Pérez de Hita y los documentos de la Alhambra", *Cuadernos de la Alhambra*, III (1967), pp. 55-124.

Desde otros enfoques han estudiado las *Guerras civiles de Granada* en el último tercio de siglo Enrique Moreno Báez, "El manierismo de Pérez de Hita", *Homenaje a Emilio Alarcos* (Valladolid, Universidad, 1965-1967), Vol. II, pp. 353-367; Wiegman, ya citado, y Luis Morales Oliver, *La novela morisca de tema granadino* (Madrid, Universidad Complutense, Fundación Valdecilla, 1972). Sobre la novela morisca en su conjunto son fundamentales los trabajos de Francisco López Estrada, que sintetiza en la Introducción a su edición de *El Abencerraje (Novela y romancero)*, Madrid, Cátedra, 1980.

eslabón intermedio entre la breve novela anónima, cuya acción se emplaza en la frontera entre los reinos de Castilla y de Granada, y el vasto panorama que ofrece Pérez de Hita de la sociedad nazarí y de los encuentros entre caballeros moros y cristianos que precedieron a la rendición del Rey Chico y la toma de la capital mora por los Reyes Católicos.

La biografía de este escritor, de la que no debemos prescindir totalmente, ya que vamos a ocuparnos de él como autor de memorias, se puede resumir en pocas líneas: fue un artesano con aficiones literarias, que vivió inmerso en la cultura mudéjar del reino de Murcia, y a quien las circunstancias llevaron a luchar contra los moriscos en la guerra de las Alpujarras. Respecto a su oficio, abundan los documentos que lo designan como "Ginés Pérez, zapatero", pero podemos suponer que no sólo salían de su taller prendas de calzado, pues los municipios de las ciudades donde vivió -Lorca, Murcia y Cartagena- le encomendaban con mucha frecuencia las "invenciones" y la realización de los "autos" que se representaban durante las fiestas del Corpus y otras solemnidades. Como advertí en otra ocasión,⁵ su *Libro de Lorca* ofrece la descripción de una de estas "invenciones", que escenifica un episodio de libro de caballerías⁶. Esa mentalidad condicionada por la práctica de diseñar, elaborar y adornar objetos bellos, buscando calidades táctiles y contrastes cromáticos, no le abandona cuando se entrega a la afición de escribir.

Las preferencias literarias de Pérez de Hita no coincidían con las de los estudiosos. Gustaba de los libros de caballerías, que ya no eran la lectura de moda, y versificó una versión tardía de la *Crónica Troyana*⁷, todo lo cual revela su desfase y su pertenencia a un ámbito de cultura popular y tradicional. Sin embargo, alcanzó una respetable formación de auto-didacta, que se apoya en tres pilares: libros y poemas caballerescos, obras históricas y el corpus romancístico. El único dato que apunta a la posibilidad de que Ginés estuviera en contacto con las célebres academias poéticas de Granada, ciudad que conocía bien, es la "aprobación" del ingenio granadino Gonzalo Mateo de Berrio, que figura en los

5. "La cultura popular de Ginés Pérez de Hita", *Revista de Dialectología y Tradiciones Populares*, XXXIII (1977), 1-21 (cf. p. 8).

6. Concretamente, la liberación del rey Lisuarte por su nieto, héroe de *Las sergas de Esplandián*, de Garci Rodríguez de Montalvo. El episodio se desarrolla en el cap. 5. La historia de Esplandián fue publicada por su autor como el Libro V de *Amadís de Gaula*.

7. "Los diez y siete libros de Daris del Belo [sic] troyano ..." Biblioteca Nacional: MS. 9.847. Se trata de una de las versiones medievales, presentada bajo la atribución a Dares Phrygius y Dictys Cretensis. Sobre este vasto corpus, cf. Agapito Rey, Introducción a Leomarte *Sumas de Historia Troyana*, Anejo de la Revista de Filología Española, 15 (Madrid, 1932).

preliminares de la *Historia de los bandos de Abencerrajes y Zegrís*. Pero el autor de este libro sí tiene un punto de encuentro con los jóvenes poetas de su tiempo: el entusiasmo por el romancero, tanto el viejo como el nuevo, que emerge a fines de la década de 1580. Unos diez años antes, la antigua capital nazarí llegó a ser el principal centro editorial⁸ para la difusión de los pliegos de cordel que difunden los viejos romances fronterizos, junto a otros más modernos sobre retos y duelos, en los que siempre es el moro quien lanza el desafío y el cristiano quien triunfa.

También durante la segunda mitad del siglo XVI, algunos ingenios relativamente modestos, pero adscritos a la órbita de la escritura culta, forman colecciones de romances propios y ajenos en las que están ampliamente representados los llamados "de moros". Los romancistas añaden detalles a los brochazos que en los romances fronterizos y la novela *El Abencerraje* ya esbozaban la vida en la Granada mora como un dechado de gracia, lujo y belleza, ensombrecido por una veta de discordia. Y así surgen narraciones en verso, algunas con componente histórico, otras de carácter novelesco, que van perfilando el tipo literario del moro sentimental, en cuanto a los valores que representa - paradigma de cortesanía- y en cuanto a la manera de dar el poeta señal de estos valores a través de una enumeración de armas y galas, que comprende detalles específicos de materiales, ornamentación y colores. Todo ello presta a la estampa descrita una calidad de mosaico o de esmalte, con más contrastes que transiciones matizadas. En el terreno de las artes decorativas, tal estilo encuentra su correspondencia en la artesanía mudéjar. Se explica por todo ello que Pérez de Hita diera, tanto a esas narraciones o descripciones en verso como a los romances moriscos nuevos, el valor de textos informativos, que incluso podían basarse en un original árabe, interpretación que, por cierto, resurgiría en los albores del romanticismo.⁹

La etapa transicional del romancero, caracterizada por la aportación de romancistas con nombre y apellido, culminará precisamente con las colecciones que publicó en Madrid, Pedro de Padilla: *Thesoro de varias poesías* (1580) y *Romancero* (1583). La nota colorista y suntuaria es profusa en los discreteos y

8. María Cruz García de Enterría, *Introducción a Pliegos poéticos españoles de la Biblioteca Universitaria de Cracovia* (Madrid, Joyas Bibliográficas, 1975), pp. 24-39.

9. Pienso en las primeras traducciones inglesas de romances fronterizos o moriscos. La fidelidad con que parecen reflejar el punto de vista de los moros, dio lugar a que se viera en estos poemas castellanos versiones de originales en lengua árabe. Cf. Ramón Menéndez Pidal, *Romancero hispánico* (Madrid, Espasa-Calpe, 1953), vol. II, pp. 240-242, y Shasta M. Bryant, *The Spanish ballads in English* (Lexington, University Press of Kentucky, 1973), pp. 175-176.

los juegos ecuestres que describe este ingenio formado en la Granada morisca anterior a la rebelión y miembro de la academia poética de los Granada Venegas.¹⁰ Pronto esta modalidad dará paso a la más subjetiva del romance morisco, en que anónimamente descollaba el joven Lope de Vega. Y aquí precisamente se produce una divergencia entre la lectura que el autor de las *Guerras civiles de Granada* hace de estos últimos poemas, que le llegan impresos pero también oye cantar, y la de los entendidos. Porque este género poético no remite primariamente a un momento histórico sino a un espacio mítico, donde pueden encarnar en un sujeto poético los sentimientos de amor, despecho o rabia que animan al poeta, y sólo para cumplir esa función cobra existencia el personaje, de modo que todas las notas de color o de movimiento que son sus atributos se explican en cuanto signos de un estado emocional.¹¹ Sin embargo, como queda indicado, un lector ingenuo podía interpretar los romances como relaciones de lo acaecido a personas cuyos nietos o biznietos formaban parte de su entorno.

Sólo que Granada ya no es corte y ya no es mora, aunque ahí están los palacios árabes, y en los obradores se siguen trabajando las pieles y las sedas como lo hacían en el siglo XV los artesanos del reino nazarí y los mudéjares de Murcia. También los jóvenes nobles se visten como los moros para alancear un toro o competir en el juego de cañas. Cuando Ginés era muchacho, algunos de estos caballeros no ocultaban un abolengo que recordaba la preeminencia de sus antepasados en la España musulmana. Y es que un cierto número de burgueses de la Granada mora, que no optaron por exilarse, constituían a mediados del siglo XVI un sector acomodado de la Granada cristiana. Entre ellos se daban muy diferentes grados de asimilación, desde el casi nulo de muchos cripto-musulmanes que de puertas adentro cumplían con las prescripciones coránicas, hasta la adaptación plena de quien, aun teniendo conciencia de un linaje neocristiano, en

10. Me he ocupado de su significación como autor de romances moriscos y de su influencia en las *Guerras civiles de Granada*, en "Vituperio y parodia del romance morisco en el romancero nuevo", en *Culturas populares, Actas del coloquio ...* (Madrid: Casa de Velázquez / Universidad Complutense, 1986), pp. 115-138, y "Nota sobre un motivo aúlico en Pedro de Padilla y Ginés Pérez de Hita", *DICENDA* 6 (1987) [Homenaje a Francisco López Estrada], pp. 373-382.

11. Sobre el romancero nuevo. Véase Manuel Alvar, "El romancero morisco" en *El romancero. Tradicionalidad y pervivencia* (Barcelona, Planeta, 1970), y Amelia García Valdecasas, *El género morisco en las fuentes del "Romancero General"* (Valencia, Diputación, 1987). Los romances moriscos de Lope, sin duda el mejor exponente de la carga subjetiva de esta modalidad, son objeto de análisis en Alan S. Trueblood, *Experience and Artistic Expression in Lope de Vega: The Making of "La Dorotea"* (Cambridge, Mass., Harvard University Press, 1974), pp. 52-72, y Antonio Carreño, *El romancero lírico de Lope de Vega* (Madrid, Gredos, 1978), pp. 94-116.

nada quería distinguirse de otros hidalgos españoles. Pero este último empeño se hacía cada vez más difícil. La rebelión y devastadora guerra de 1568 ocasionó el destierro a otras partes de España de -al menos en teoría- todos los nuevos convertidos del reino de Granada.

Soldado por la fuerza de las circunstancias, Pérez de Hita luchó contra los moriscos rebeldes, entre los cuales sin duda había personas que conocía y apreciaba, y sintió igual horror ante las atrocidades cometidas por uno y otro bando. Debió quedar marcado por aquella experiencia, y cuando más tarde afianzó su vocación de escritor sintió la necesidad de plasmar su testimonio. Como veremos, simpatizó con el dolor de los perdedores y dejó más cálida constancia que otros historiadores de sus vidas escindidas. Para hacerlo contó con fuentes escritas y su propio recuerdo, pero no quiso excluir el punto de vista de los moriscos, y así, fue a La Mancha para entrevistarse con algunos que habían sido vecinos de pueblos cercanos a los lugares donde él vivió. (II, Cap. 24, p. 339).

Pérez de Hita conocía a familias neocristianas poseedoras de ejecutorias de hidalguía, que según las capitulaciones debían respetarse, aunque sirvieran de poco a fines del siglo XVI si no las acompañaba un certificado de limpieza de sangre. Resulta evidente leyendo sus obras que esta situación le llega al alma y que escribe con ánimo de remediarla. Algunas circunstancias que se deducen de los preliminares de los libros corroboran esta impresión. La *Historia de los bandos de Abencerrajes y Zegrís* (1595) o primera parte de las *Guerras civiles de Granada* apareció en Zaragoza, bajo los auspicios de don Juan de Aragón, caballero a quien Paula Blanchard-Demouge identifica como yerno del Duque de Villahermosa, don Martín de Aragón. Es sobradamente conocida la actitud fuerista de este personaje, que murió en desgracia, pero poco se ha hablado de su participación en un conflicto que durante la década de 1550 enfrentó a los señores de vasallos moriscos del reino de Aragón con el Santo Oficio. Lo que me parece digno de señalarse es que uno de los más activos participantes en esta contienda legal fue un Mecenaz, mucho más modesto que el Duque, a quien se dedicó una de las tres versiones de *El Abencerraje*¹². A través de sus patrocinadores, las dos novelas moriscas se relacionan con un círculo que propició el "statu quo" en la espinosa cuestión de la catequesis y vigilancia de las prácticas religiosas de los nuevos convertidos.

12. Traté esta cuestión en *El problema morisco en Aragón al comienzo del reinado de Felipe II*, Estudios de Hispanófila, 11 (Valencia, Gráficas Soler, 1969) y en "Las cortes señoriales del Aragón mudéjar y *El Abencerraje*", en *Homenaje a Casaldueiro* (Madrid, Gredos, 1972), pp. 115-128.

Se dan circunstancias comparables cuando al fin se publica en 1619, quizás póstumamente, la *Segunda parte de las Guerras civiles de Granada*, ya que va dedicada al Duque del Infantado, quien se pronunció en 1612 a favor de eximir del destierro a los mudéjares de Murcia¹³. Aún más significativo fue el proyecto y fracaso de publicar en Castilla la obra global de Pérez de Hita en 1610, es decir cuando empieza a llevarse a la práctica la expulsión de los moriscos decretada un año antes. Esta publicación, que aprueba un Dr. Molina después de introducir enmiendas, debería haber comprendido tres partes, de las cuales la primera y la tercera se presentaron manuscritas, en tanto que la segunda era, según se lee en la Aprobación, un texto impreso por Juan Gracián en Alcalá, 1604, dato que corresponde a una edición de la *Historia de los bandos de Abencerrajes y Zegrís*. Dado que la tercera sólo podía ser el libro de memorias sobre la guerra de la Alpujarra, queda envuelta en el misterio aquella primera parte, evidentemente perdida, de su obra sobre Granada. Tampoco sabemos si la aparición en Zaragoza de las *Guerras civiles de Granada*, se debe a dificultades de publicación halladas en Castilla, donde cuando al fin se imprime va acompañado por una Aprobación del licenciado granadino Gonzalo Mateo de Berrio, que formaba parte del círculo de los Granada Venegas¹⁴.

Está fechado en 1602 el último documento referente a Pérez de Hita que aporta la diligente búsqueda realizada en los archivos del antiguo reino de Murcia por Manuel Muñoz Barberán y Juan Guirao García¹⁵. La aprobación del Dr. Molina a que hemos hecho referencia es de 1610. No podemos dar por seguro que fuese el propio autor quien gestionase la publicación conjunta de sus escritos sobre Granada, ya que el mensaje de concordia que entrañaban traducía una ansiedad que muchos compartían. Pero sí resulta verosímil que en los años de la expulsión, cuando andaba por la sesentena, Ginés se afanase por divulgar su obra. Y así lo vislumbramos por última vez, pues no sabemos si sobrevivió al fin de la España morisca, que había tratado de salvaguardar con sus escritos.

Aunque la edad hace verosímil su desaparición en la primera década del siglo XVII, la falta de datos puede interpretarse a favor de la hipótesis que hace de

13. Henri Lapeyre, *Géographie de l'Espagne morisque* (Paris, S.E.V.P.E.M., 1959), pp. 194-195.

14. Datos sobre este ingenio, a quien Agustín de Rojas atribuyó en su "Loa de la comedia" las primeras piezas de moros y cristianos, en Francisco Rodríguez Marín, *Luis Barahona de Soto* (Madrid, 1903), pp. 36 y 170, y *Nuevos datos para las biografías de 100 escritores* (Madrid 1923).

15. *Aportaciones documentales para una biografía de Ginés Pérez de Hita* (Lorca, Ayuntamiento. 1975) p. 209. Cf. también de los mismos autores *De la vida murciana de Ginés Pérez de Hita* (Murcia, Academia Alfonso X el Sabio, 1987).

Ginés un morisco. La apoyan Francisco Márquez Villanueva¹⁶ y Luce López Baralt¹⁷. Personalmente creo que su condena del hecho de la rebelión es tan sincera como su desolación ante las consecuencias que tuvo y su prudente pero también valerosa crítica de la saca de los nuevos convertidos del reino de Granada¹⁸. La documentación que se conserva sobre él¹⁹ lo muestra apadriñando a un morisco, cosa que las disposiciones vigentes no habrían permitido si él estuviera considerado como tal. Excepcionalmente emplea la expresión denigrante, muy común en la época, de "perros moriscos", si bien lo hace después de referir un hecho atroz y sin ocultar que lo había precedido una matanza de moriscos en que no se perdonó ni a los niños que estaban sin bautizar, (II, Cap. 10, p. 98)²⁰. Al mismo tiempo, cuando Ginés afirma que los descendientes de moros convertidos voluntariamente son cristianos viejos y que también puede serlo quien tenga madre y abuela morisca (II, Cap.5, p. 55) nos pone en sospecha de que quizás esté defendiendo su propia situación familiar²¹, aunque lo que dice tenga apoyo en las leyes. Lo seguro es que toma partido a favor de la plena aceptación –estipulada en las capitulaciones– de los descendientes de los moros y que aboga por la pervivencia de la cultura mudéjar, que siente como propia. Me resulta difícil situar a Pérez de Hita a un lado u a otro de la línea divisoria entre cristianos viejos y moriscos, que no es una línea sino una amplia franja donde creencia, ascendencia, educación y vinculación de oficio no van al unísono.

16. *El problema morisco, (Desde otras laderas)*(Madrid, Libertarias, 1991), y "El morisco Ricote y la hispana razón de estado", en *Personajes y temas del Quijote* (Madrid, Taurus, 1975), pp. 229–335.

17. *Huellas del Islam en la literatura española: De Juan Ruiz a Juan Goytisolo* (Madrid, Hiperión, 1985), cap. 7º: "Las dos caras de la moneda: El moro en la literatura española renacentista", pp. 149-180.

18. "Finalmente, los moriscos del Reyno fueron sacados de sus tierras y fuera posible aver sido mejor no averlos sacado por lo mucho que Su Magestad a perdido y aun sus Reynos." (II, Cap. 25, p. 353).

19. Cf. supra, nota 15.

20. Significativamente añade: "no sé si me determine a dezir que fueron bautizados en su sangre pues eran hijos de gentes bautizadas; mas en esto no me resuelvo, remítolo a los Doctores de la Santa Madre Iglesia, que ellos lo sabrán bien entender". (II, Cap. 10, p. 97) Quienes se oponían a los proyectos de expulsión de los moriscos, tenían muy en cuenta su condición de bautizados. Cf. Márquez Villanueva, "El morisco Ricote", pp. 263–277.

21. Como es su costumbre, da la lista de los combatientes que acudieron a socorrer una villa del Marqués de los Vélez e introduce una pequeña digresión genealógica en que afirma haber visto las ejecutorias de nobleza de una familia, descendiente de un repoblador que casó con una señora "de noble linaje", que se apellidaba Botia (II, Cap. 13, p. 146). Ginés estaba casado con Isabel Botia, según consta en la documentación descubierta por Guirao García y Muñoz Barberán. Véase supra, nota 15.

La "Historia de los bandos de Abencerrajes y Zegrís".

La historia del reino de Granada, desde una protohistoria mítica hasta principios del siglo XVI, enmarca una recreación de los últimos tiempos del reino moro y de la guerra de conquista, dentro de la cual se despliegan episodios amorosos, lances caballerescos y grandes cuadros áulicos, como las suntuosas fiestas de toros y cañas, o aquel juego de sortija precedido de espectacular entrada cuyo trofeo obtiene -preludiando el desenlace- el Maestre de Calatrava. La sociedad de la Granada mora queda retratada como una corte de caballeros y damas que hacen del lance, el juego ecuestre y la galantería la razón de su existencia. La manera de desarrollar los episodios que adopta Pérez de Hita en este libro es anafórica. Por ejemplo, una noticia va acompañada de su desarrollo en un romance, al que sigue o precede la escena dialogada y ambientada que podemos considerar propiamente novelística. Así el caso individual se amplifica de forma que relega la exposición de acontecimientos históricos al mero papel de marco de la ficción. De la mano de la leyenda, viene a poner su nota trágica en el brillante panorama la división interna de los moros de Granada, que Pérez de Hita centra en las rivalidades de linaje. En los últimos capítulos del libro la acción novelesca, hasta entonces episódica, tiende a unificarse en torno al tema caballeresco de la acusación a la esposa calumniada, que se enlaza con la leyenda de la muerte dada en la Alhambra, por orden del Rey Chico, a treinta miembros del clan Abencerraje. Culmina esta intriga con un juicio de Dios en que un caballero moro y tres castellanos defienden, bajo disfraz sarraceno, la inocencia de la reina de Granada.

Tiene lugar entonces la conversión, anticipada en algún episodio aislado, de lo más granado de la nobleza nazarí, que se incorpora a la corte de los Reyes Católicos. Los móviles de esta anexión, que Pérez de Hita presenta como voluntaria y sincera, son el desencanto ante el mal proceder del Rey Chico y la constatación de que los caballeros cristianos practican las virtudes caballerescas. Explicación demasiado simple, que sin embargo, se justifica de dos maneras: por introducir el principio de justicia poética, y por servir de apoyo a un objetivo implícitamente buscado en la obra: la rehabilitación de los linajes "ahidalgados" en posesión de ejecutorias de nobleza otorgadas durante o al fin de la guerra de conquista.

Novela histórica que implica una toma de posición respecto a una situación social. Creo que no es inexacta esta definición de las *Guerras civiles de Granada*, aunque resulte anacrónica, dado que la modalidad de novela histórica no se cultivaba en el siglo XVI. Una obra cuya acción se emplazaba en la antigüedad,

el *Marco Aurelio* de Antonio de Guevara, ofrecía un formato muy diferente. En cambio sí apunta la novela histórica en un libro que guarda cierta semejanza temática con el de Pérez de Hita. Me refiero a *La verdadera historia del rey don Rodrigo* del morisco granadino Miguel de Luna. La significación de esta obra como alegato pro-moriscò ha sido ampliamente probada por Francisco Márquez Villanueva,²² quien la revaloriza bajo distintos conceptos, y señala sus afinidades, en cuanto a temática y mensaje, con las *Guerras civiles de Granada*. Sin embargo, Luna no se acerca a lo que en sus mejores momentos consigue Pérez de Hita: pasar de la narración a la "escena novelística"²³. Esto es, mostrar lo que acontece a los personajes como si estuviera sucediendo ante los ojos del lector, que se siente testigo presencial de un segmento de vida. Si comparamos la *Historia de los bandos de Abencerrajes y Zegrís*, que se publica en 1595, con los libros de caballerías, de los que en parte se nutre, la impresión que tenemos es que vemos más de cerca las cosas - ciertas cosas solamente, pues no se trata de las situaciones que nos ofrecerá la novela moderna -.

Las escenas que Pérez de Hita logra no son los coloquios de los enamorados ni el momento trágico de la muerte de los Abencerrajes, sino grandes cuadros al aire libre, en la Vega de Granada o en la plaza de Bibarrambla. La materia épica está allí tratada con llaneza y ubicada en lugares familiares. Se la ha despojado de la hazaña inverosímil, y ocasionalmente va acompañada de un diálogo jugoso cuyos participantes por el lado cristiano son figuras históricas conocidas. Cuando se trata de fiestas, los datos descriptivos tienen una función actualizadora, pues dentro del marco determinado por el emplazamiento histórico, Ginés introduce en sus cuadros áulicos elementos de una realidad que no corresponde al tiempo de la acción sino al de la composición de la obra. Consultando los inventarios de bienes confiscados por la Inquisición de Granada, Juan Martínez Ruiz ha compro-

22. "La voluntad de leyenda de Miguel de Luna, *Nueva Revista de Filología Hispánica*, XXX (1981), 359-395. La relación del escritor con los círculos en que se fraguaron los apócrifos del Sacromonte fue puesta de relieve por el P. Darío Cabanelas Rodríguez, *El morisco granadino Alonso del Castillo* (Granada, Patronato de la Alhambra, 1965).

23. En el sentido que emplea el término Norman Friedman, "Point of View in Fiction: The Development of a Critical Concept" (1955): "... immediate scene emerges as soon as the specific, continuous, and successive details of time, place, action, character and dialogue begin to appear. Not dialogue alone but concrete detail within a specific time-place frame is the *sine qua non* of scene." ;... la escena inmediata emerge tan pronto como empiezan a aparecer detalles específicos de tiempo, lugar, acción, personaje y diálogo. No sólo el diálogo sino el detalle concreto dentro de un marco espacio-temporal específico es el *sine qua non* de la escena. Cito según la reimpresión en Robert M. Davis ed., *The Novel: Modern Essays in Criticism* (Englewood Cliffs, N.J., Prentice-Hall, 1969), pp. 142-171. Pasaje citado en p. 152.

bado que la indumentaria de los personajes de Pérez de Hita coincide con los ajuares que guardaban los moriscos en sus casas. Por otro lado, se ha podido observar que cuando describe los desfiles de carros triunfales en que los caballeros hacen su entrada, al comenzar los juegos ecuestres, da cifras y presenta artificios que corresponden a los recursos de que podían disponer las ciudades de mediano tamaño. El autor construye sus escenas con elementos que cuando escribe tienen actualidad, aunque no signifiquen lo mismo que en el ámbito de la ficción. Sabe también utilizar al personaje, individual o colectivo, como testigo que comunica al lector su inquietud o su entusiasmo. Así, las gentes de Granada, ese pueblo que llena la plaza o se amotina en las calles, entra a formar parte de esta fictiva sociedad mora que generaciones de lectores tuvieron por verídica. Y es que la obra en que emerge, siendo epígono de la ficción caballeresca, representa también un giro hacia una relación más estrecha entre vida y fábula.

El autor de las *Guerras civiles de Granada*, que pone en la portada el nombre de Aben Hamín, natural de Granada, empieza por definir su propio texto como una "relación". Lo hace para dar impresión de veracidad al introducir el marco geográfico: "Del río Darro se coge oro muy fino, y del río Genil plata muy fina. Y no es fábula, que yo el autor de esta Relación lo he visto coger". (I, Cap. 1, p. 1) Desde ese momento queda establecida una forma de contacto con el lector, que a pesar de las fluctuaciones entre el "yo" y el "nosotros" se mantiene, pues el autor le hace partícipe de la experiencia de ir montando el libro. En este proceso finge suplir lo que falta en el supuesto texto del historiador árabe, bien con noticias procedentes de otras fuentes escritas, que suelen ser auténticas, bien con rumores que circulan entre los moriscos o con lo que cuenta un romance.

El tono coloquial en que Pérez de Hita suele anunciar que sigue al "cristiano cronista", identificado como Hernando del Pulgar, o que vuelve al supuesto Arábigo, difumina la frontera entre el componente histórico y el fictivo. El trazo caracterizador de los poemas intercalados rara vez falta: se consigna que el romance es antiguo, o que es famoso; se elogia la letra y a veces la tonada (I, Cap. 17, p. 303). Ginés comenta el desajuste de la peripecia entre dos poemas con los mismos personajes (I, Cap. 5, pp. 36-7 y Cap. 17, p. 298 y 302), critica la "frialdad" de algún romance (I, Cap. 17, p. 302), u observa un anacronismo. Por ejemplo, advierte que Xerez era de cristianos cuando Gazul, el protagonista de "Sale la Estrella de Venus", mata según el romance, al rival odiado. (I, Cap. 17, p. 298 y 303) Se trata en este caso de un célebre poema de Lope de Vega, quien, por cierto, debió divertirse viendo como se esforzaba Pérez de Hita en conciliar unos romances con otros, dando valor documental a poemas inspirados

por sus amores y odios de juventud. Naturalmente, cualquier texto de motivación lírica incorporado a la narración se desnaturaliza, ya que la atención del lector se diluye entre las circunstancias añadidas por la peripecia de la obra-marco, pero en este caso los romances nuevos prestan el fulgor de una emoción bellamente expresada a los episodios amorosos, que generalmente están tratados con técnica novelística incipiente.

Cuando ya avanza hacia el desenlace, Pérez de Hita vuelve a hacer acto de presencia ante el lector para contar las vicisitudes de la supuesta fuente: "Nuestro Moro coronista supo de la hermosa Sultana, debaxo de secreto, todo lo que pasó ... y así él pudo escribir aquella famosa batalla, sin que nadie entendiese quién ni como hasta agora. Este moro coronista, visto ya todo el reyno de Granada ganado por los Christianos, se pasó en Africa, y se fue a vivir a tierras de Tremecén, llevando todos sus papeles consigo; y allí en Tremecén murió y dexó hijos; y un nieto suyo, de no menos habilidad que el aguelo, llamado Argutaafa, recogió todos los papeles del aguelo, y entre ellos halló este pequeño libro, que no lo estimó en poco, por tratar la materia de Granada; y por grande amistad hizo presente dél a un Judio llamado Rabbi Santo; el qual judio le sacó en hebreo para su contento; y el que estava en Arábigo lo presentó al buen Conde de Baylén, Don Rodrigo Ponze de León. Y por saber bien lo que el libro contenía de la guerra de Granada, porque su padre y aguelo se habían hallado en ella, o su aguelo y visaguelo, le mandó sacar al mismo judio en castellano. Y después el buen Conde me hizo a mí merced de me le dar, no aviéndolo servido." (I, Cap. 17, p. 291)

Aparte del tono coloquial y ese recuerdo de la España de las tres leyes, lo más eficaz, a mi juicio, en el pasaje citado es la mención de una persona conocida para sus primeros lectores como eslabón en la cadena de transmisión. El tono de familiaridad deferente con que Ginés expresa su gratitud por el regalo del manuscrito produce un efecto conversacional, como si ambos estuvieran presentes. La anécdota obligaría al lector a plantearse la posibilidad de que, en efecto, hubiera recibido algún obsequio de esta índole, pues parece mucho atrevimiento introducir a uno de los grandes señores de Andalucía para contar una anécdota fingida. Por otra parte, al concretar datos sobre la supuesta transmisión, el pasaje introduce un enlace entre el presente de la escritura y el tiempo de la acción. Con ello se refuerza ese efecto, buscado en esta última parte del libro, de señalar la presencia en torno al autor de los descendientes de alguno de sus personajes, noble cristiano en esta ocasión y moros en otros casos.

La "Segunda parte de las Guerras civiles de Granada".

Inmediatamente, si no lo comenzó antes, de publicar la *Historia de los bandos de Abencerrajes y Zegrís*, escribe Pérez de Hita otro libro, que presenta como continuación del primero, lo que se justifica porque trata de sucesos posteriores de la historia de Granada, marcados también por un signo de disensión fratricida. Sin embargo, son obras dispares, pese a los esfuerzos del autor por darles cierta homogeneidad mediante la combinación de verso y prosa, y la fluctuación de perspectiva que se produce cuando el relato de acontecimientos que afectan a la colectividad alterna con las peripecias de personajes individuales. Puede decirse que tales componentes están integrados en la *Segunda parte de las Guerras civiles de Granada* en proporción opuesta a la que se daba en la *Historia de los bandos de Abencerrajes y Zegrís*. Esta historia de la rebelión de 1568, permaneció inédita más de veinte años. Hoy, la consultan, aunque con reservas los historiadores, porque no sólo informa sobre los hechos, sino que, como observa Julio Caro Baroja,²⁴ refleja opiniones populares. También tiene interés la faceta literaria de la obra, ya que en algunos segmentos el autor desarrolla un modo de novelar que amplía, sino supera, los recursos puestos en juego en la Primera Parte.

En el nuevo libro ya no será artificio la intromisión del autor en su texto, pues el punto de vista que rige la presentación de los hechos es otro. Podría decirse que pasa de la tercera persona a la primera, aunque no faltan fluctuaciones. De entrada se adopta el tono de relación histórica con que también se iniciaba la *Historia de los bandos de Abencerrajes y Zegrís* y se cuenta, haciendo explícito el engarce, el mismo hecho que cerraba esta obra: la muerte de don Alonso de Aguilar combatiendo contra los primeros moriscos alzados después de la conquista. Pero pronto se diversifica el estilo, al introducirse digresiones, discursos y la clásica confidencia al lector: "Y ansi desto passado diremos un romance, por no quebrar el estilo de la primera parte" (II, Cap. 1, p. 10). El recuerdo personal se abre paso a lo largo del libro en detalles contados con expresiva brevedad: "los Moros con ánimo desesperado, dando un gran alarido a su costumbre, que lo ponían en el cielo, arremetieron con ellos..." (II, Cap. 20, p. 252); "Estos dos Zervantes dizen unos que son naturales de Alhama, junto de

24. *Los moriscos del reino de Granada* (Madrid, Instituto de Estudios Políticos, 1957), p. 169. Respecto a la valoración historiográfica del libro, en comparación con las historias más impersonales de don Diego Hurtado de Mendoza y Luis del Mármol Carvajal, véase Miguel Ángel de Bunes, *Los moriscos en el pensamiento histórico* (Madrid, Cátedra, 1983), pp. 28-31.

Murcia; otros dicen ser de Vera; séanse de a do quisieren, que ellos eran buenos soldados, y passada la guerra de Granada yo les conocí quadrilleros .. ." (II, Cap. 12, p. 122). Al historiador se le deslizan pasajes en primera persona y en ocasiones sus sentimientos quedan explícitamente manifestados. Por ejemplo después de referir la escapada a uña de caballo de Don Fernando de Valor, por no permitirle llevar una daga a una junta del Ayuntamiento de Granada, Pérez de Hita da salida a su rabia y su dolor: "Maldita sea la daga y malditas las demás ocasiones, pues tantos males por ellas resultaron y tanto derramamiento de sangre christiana en las civiles²⁵ guerras que se tuvieron, que así se pueden llamar; pues fueron Christianos contra Christianos, y todos dentro de una Ciudad y un Reyno..." (II, Cap. 1, p. 10). Con mejor lógica escribió don Diego Hurtado de Mendoza que lucharon españoles contra españoles²⁶, pero Ginés tenía sus razones, ya que la defensa política y legal de los moriscos consistió con frecuencia en afirmar que los modos de vestir y los hábitos que la Inquisición perseguía no derivaban de la religión islámica sino de las costumbres propias de una "nación"²⁷.

El mismo orden de composición del libro se subordina al recuerdo que irrumpe en la mente, con su tonalidad de afecto o temor. Así comenta el autor al introducir su celebrada semblanza del Marqués de los Vélez, don Luis Fajardo: "y pues que nos viene a pelo dezir de su valor y nobleça, aunque salgamos un poco del hilo de nuestra hystoria, en breves razones lo diremos, porque nos aguarda el Marqués de Mondéjar en las Albuñuelas, de quien avemos de tratar en otro capítulo." (II, Cap. 4, p. 43). La efigie del colérico pero humano señor de vasallos emerge como una estatua ecuestre, en su proyección de jefe militar que infunde temor con su porte y su mirada. Pero el asombro ante esa monumentalidad se nos transmite también desde la perspectiva familiar de un subordinado, que en sus ponderaciones nos da la medida justa de estatura, pecho y espaldas, y hasta nos dice el número de puntos que calza el caballero. La descripción,

25. En este caso no hace falta recurrir a la antigua acepción de "civil" como "cruel", pero es un matiz que refuerza el sentido de la frase. Cf. María Rosa Lida, "Civil cruel", *Nueva Revista de Filología Hispánica*, 1 (1947), pp. 80-85.

26. *Guerra de Granada*, ed. de B. Blanco González (Madrid, Castalia, 1970), p. 118.

27. El prototipo de esta argumentación es el conocido "Memorial" de don Fernando Núñez Muley. Puede consultarse en K. Garrad, "The Original Memorial of don Francisco Núñez Muley", *Atlante*, London, II (1954), pp. 198-226. Sobre la vida de los moriscos sigue siendo fundamental la obra ya citada de Caro Baroja. Reseña la historiografía del tema M. A. de Bunes, art. cit. Véanse también los estudios mencionados supra, notas 16 y 17. Dos aportaciones recientes: Mercedes García-Arenal, "El problema morisco: Propuestas de discusión", *Al-Qantara*, XIII (1992), pp. 491-503, y Mikel de Epalza, *Los moriscos antes y después de la expulsión* (Madrid, Mapfre, 1992).

esperada, de los rasgos faciales y el carácter va acompañada por observaciones sobre las preferencias en el vestir o el horario, y sobre el hábito singular de comer y beber, copiosa pero controladamente, una sola vez al día. Después de leer esta página, conocemos a un hombre notable y lleno de contradicciones, pero sobre todo percibimos la cálida admiración y la indulgencia que dan vida al recuerdo.

A medida que el autor entra en materia, se hace más perceptible que se mueve en el terreno de la literatura autobiográfica y dentro de ella en la categoría de las memorias. Este subgénero se caracteriza por la actitud de un narrador que consigna sus recuerdos, no porque considere que él mismo sea un sujeto interesante, sino porque valora los hechos que se han desarrollado ante sus ojos. Como advirtió Georges Gusdorf²⁸, el autor de memorias es un testigo de la historia para quien lo que ha visto prima sobre lo que ha averiguado por consulta, y la narración en primera persona se organiza desde la perspectiva de un individuo que, a diferencia del historiador, no necesita ocultar sus sentimientos. Son varios los críticos que señalan, por otra parte, que las memorias participan de la naturaleza de la autobiografía. Entre ellos, Georges May²⁹ observa que las modalidades autobiográficas no se dan en estado de pureza, y señala que las interferencias entre ambos géneros no son accidentales sino que parecen derivar de la naturaleza misma de las obras³⁰. Al mismo tiempo propone distinguir entre las memorias que cuentan lo que el narrador ha visto u oído y las que relatan hechos externos en que ha participado activamente, como sucede en el caso que comentamos, si bien Pérez de Hita no controla las situaciones que le toca vivir.

Se ha señalado que es esencial en las memorias una clara indicación del tiempo transcurrido entre los acontecimientos reseñados y el momento en que se escribe, pues este espacio temporal permite que se posen los recuerdos, y así caiga en el olvido lo menos significativo, mientras la conciencia elabora, sincera pero también creativamente, lo que es digno de perpetuarse³¹. Además, como advierte John Sturrock, el tiempo en que ocurrieron los hechos narrados cuenta menos en la autobiografía que el momento de la escritura, ya que desde éste suele

28. Autor de *La Découverte de soi* (1948). Consulto *Les Écritures de moi* (Paris, O. Jacob, 1991), Cap. 10: "Autobiographie et mémoires: le moi et le monde", pp. 239-274.

29. *L'Autobiographie* (Paris, Presses Universitaires de France, 1979), pp. 122-126.

30. "Les interférences qui semblent en résulter entre mémoires et autobiographie ne sont pas de simples accidents: elles semblent au contraire tenir à la nature même des oeuvres." *Ibid.*, p. 124.

31. Cf. May, pp. 150-154.

desvelar el autor alguna faceta de su ser o de su percepción que incluso para él mismo es una revelación³².

Las memorias que comentamos se escriben o al menos se acaban de redactar casi treinta años después de la guerra de las Alpujarras, y el autor se cuida de especificar la fecha en que da cima a la tarea, después de hacer constar que pesan sobre el presente las consecuencias de los hechos que narra: "Sacólas en limpio y acabólas Ginés Pérez de Hita, vezino de Murcia, año de 1597, ... en 22 de Noviembre del dicho año." (II, Cap. 25, p. 353). Este juicio a manera de conclusión, al tiempo que deplora el destierro que sufrieron en 1570 los nuevos convertidos del reino de Granada, se proyecta hacia el futuro, puesto que a los doce años de haberse escrito esas líneas Felipe III decretaría la definitiva expulsión de los moriscos españoles.

Desde el primer libro de Philippe Lejeune, publicado en 1971,³³ se acepta el pacto autobiográfico, que consiste en un compromiso de veracidad que ha de aceptar el lector, como la piedra de toque del género. No lo hallamos formulado al comienzo de la *Segunda parte de las Guerras civiles de Granada* pero sí cuando Pérez de Hita introduce un episodio en que no se halló presente: "Y como tuviesse en mi libro escripto todo aquello de que tenía noticia por vista y relación, y no me huviesse hallado en el cerco de Galera, desseando escribirlo con la entereza y verdad que luego lo demás, para proseguir y llevar al cabo la guerra y subcessos del levantamiento, tuve necessidad de buscar información, tan auténtica y verdadera que sin admitir contradición ni repugnancia yqualasse a la grandeza y calidad del sujeto." (II, Cap. 20, p. 244). Sigue contando que tuvo noticia de que un soldado viejo, cuyo nombre da y que efectivamente aparece en documentos y certámenes,³⁴ había llevado un diario de campaña durante el asedio. Cuando llegó a sus manos, encontró en estos apuntes una "desapasionada verdad con gravedad y desenfado de estilo", así como la marca del entendido en el arte militar, y decidió "ponerlo a la letra de como se me dio, sin quitar ni poner cosa alguna, ...".(Ibid.). Propósito que no cumple del todo, pues tras contar unas desavenencias entre los moriscos, advierte que "Esta relación deste alboroto no es de Thomás Pérez, porque no tuvo noticia della, sino de un morisco que se halló en ella." (II, Cap. 21, p. 261). En otros pasajes el autor se refiere

32. "The New Model Autobiographer", *New Literary History*, X (1977), pp. 51-63.

33. *L'Autobiographie en France* (Paris, Colin, 1971).

34. Se trata del alférez Thomás Pérez de Evia, quien colabora en una justa poética celebrada con motivo del fallecimiento de Felipe II, que recopiló Juan Alonso de Almela; *Reales exequias...* (Valencia, 1600). También incluye unos sonetos firmados por Ginés Pérez de Hita.

a los pasos que dio para informarse, buscando en textos diversos y en el contacto personal, los datos que redondearan el conocimiento que su propia experiencia le había deparado. Abundan en el libro, por otro lado, los comentarios sobre el pasado, considerado desde la perspectiva del presente.

En todo caso, en la *Segunda Parte* está clara, tanto la promesa de veracidad como el esfuerzo porque el lector la admita, entrando en el pacto. También se da, como vamos a observar, la paradoja de que el proyecto de plasmar con sinceridad la experiencia propia sólo se pueda llevar a cabo "sirviéndose de los instrumentos habituales de la ficción," según dice en su ya clásico estudio el propio Lejeune³⁵. A este crítico le reprocha, por cierto con razón, Randolph Pope³⁶ que omita totalmente las obras españolas. El texto que comentamos tampoco forma parte del repertorio estudiado por dos autores que tratan de modo competente la autobiografía del Siglo de Oro: el propio Pope y Margarita Levisi³⁷. Ambos excluyen, como lo hace Lejeune, el tipo de memorias de un suceso particular que hallamos en Pérez de Hita. Tampoco examina este género Jean Molino en su interesante ensayo "Stratégies de l'Autobiographie au Siècle d'Or",³⁸ que se centra en autobiografías de tipo religioso no destinadas al lector. En cambio, da una definición, en la que reconoce extraer sólo el núcleo o meollo de la de Lejeune, que se ajusta bastante bien a nuestro caso: "relato retrospectivo que una persona real hace de una parte de su existencia".

Podemos preguntarnos si se confirma en Pérez de Hita la opinión, expresada por Jean Starobinski, de que la decisión de escribir sobre uno mismo se toma solamente después de experimentar un cambio radical en la propia vida³⁹. No

35. "Le paradoxe de l'autobiographie, c'est que l'autobiographe doit exécuter ce projet d'une impossible sincérité en se servant de tous les instruments habituels de la fiction".

L'Autobiographie en France, p. 28. Dentro del ámbito de la literatura francesa, Georges May compara los modos autobiográficos con los de la novela romántica y contemporánea y constata su profunda imbricación. Entre otros procedimientos, comenta el relato intercalado. *Op. cit.*, pp. 173-175. Centrándose en Inglaterra, explora la indispensable función de lo festivo y mítico en el proceso de transformar en narración relevante la conciencia de sucesos vividos Susanna Egan, *Patterns of Experience in Autobiography* (Chapel Hill, N.C., University of North Carolina Press, 1984).

36. *La autobiografía española hasta Torres Villarroel* (Bern Herbert Lang, 1974), p. 1.

37. *Autobiografías del Siglo de Oro: Jerónimo de Pasamonte. Alonso de Contreras, Miguel de Castro*. (Madrid, Temas, 1984).

38. *L'Autobiographie dans le Monde Hispanique. Actes ... Mai 1979*. (Études Hispaniques. Université de Provence, 1980), pp. 115-137.

39. Starobinski, "The Style of Autobiography", en Seymour Chatman, ed., *Literary Style: A Symposium* (London, Oxford University Press, 1971), pp. 285-294. Aunque el crítico no se refiere a las memorias, me parece que su juicio se puede aplicar al caso que comentamos, pues Ginés se enfrenta con recuerdos que aún le quemaban cuando escribe. May, pp. 90-91, comenta las ideas de Gusdorf y de Starobinski sobre la autobiografía como expresión de la toma de conciencia de uno mismo.

ofrece la *Segunda parte de las Guerras civiles de Granada* un ejemplo evidente de esta situación, ya que el verdadero protagonismo incumbe, no a la persona del narrador sino a la población del reino de Granada, pero me parece que la guerra de las Alpujarras dejó una herida en el ánimo de Ginés y le movió a indagar sobre el presente y el pasado de ese pueblo atormentado, tomando al mismo tiempo conciencia de sí mismo. A lo largo del libro, entre los recuerdos de lo que el narrador ha presenciado irrumpe ocasionalmente lo que él, como sujeto, ha vivido. Los juicios condenando las atrocidades cometidas por ambas partes reflejan un dolor y en ocasiones una perplejidad que sin duda acompañaron muchos años a su autor, y de las que no está ausente la necesidad de confesión ni la de apología, dos reconocidos estímulos de la narración autobiográfica. Al primero correspondería la afirmación de que en un momento dado todos los soldados robaron y él también (II, Cap. 6, p. 63), y al segundo el pasaje en que da cuenta de haber salvado una criatura, que halló sobre el cadáver de su madre, muerta en el saqueo, y que entregó a otras mujeres moriscas para que la criaran. (II, Cap. 8, pp. 80-81).

Como ya hemos indicado que ocurre en el modo autobiográfico, Pérez de Hita se desliza hacia lo fictivo⁴⁰ a lo largo de la *Segunda parte*, y recurre a artificios novelísticos que se encaminan a ilustrar alguna faceta de las situaciones que en la guerra se van creando. Podría analizarse la evolución de Don Fernando Muley Abenhumeya, como le llama Pérez de Hita (II, Cap.2, p. 11), pero en este caso sigue a Juan Rufo en la historia de los amores del Reyecillo⁴¹. Suya es en cambio la valoración de la dualidad cultural del personaje que expresa ese mismo nombre,⁴² al que renuncia para convertirse en reyecillo -así también se le designa en el texto- del efímero estado morisco. El autor deja constancia de que lo vio vestido de luto en los funerales de la reina Isabel de Valois y traza un breve retrato del joven Veinticuatro de Granada (II, Cap. 1, p. 8). Su fascinación por esta figura se trasluce cuando refiere el episodio ya mencionado de la rabiosa reacción del hidalgo cristiano nuevo ante la exigencia de entregar la daga con que

40. Usa esta frase Jean Starobinski, art. cit.

41. Blanchard-Demouge, Introducción a Pérez de Hita, vol. II, pp. XVIII-XXII; y Albert Mas, *Les Turcs dans la littérature espagnole du Siècle d'Or* (Paris, Centre de Recherches Hispaniques, 1967), vol. I, pp. 269-277.

42. También la vemos reflejada en unas consideraciones sobre su destino y el monólogo poético que se pone en sus labios. (II, Cap. 3, pp. 29-32).

pretendía acudir a una reunión del cabildo (p. 9)⁴³, o cuando pondera su abolengo, que se remontaba a los Omeyas de Córdoba. (II, Cap. 2, p. 11).

Muy característico del estilo de Pérez de Hita es el amplio fragmento que trata de unas fiestas que convoca Aben Humeya en la villa de Purchena, (II, Cap. 14, pp. 153-187). La corte morisca hace ostentación de boato, galas, motes - galantes en unos casos, alusivos a la guerra en otros- que evocan los de la Granada mora. El tratamiento es tan detallado como en el primer libro. El autor pone quizás más énfasis en la descripción del traje y tocado femeninos que en el de los participantes en los juegos, lo que corresponde al hecho de que la mujer morisca siguió usando su atuendo característico muchos más años que el hombre. Se nos dice que van "tocadas todas curiosa y maravillosamente a lo moderno de su usança" (p. 157), y se da cuenta, como hoy podría hacerse en la más meticulosa revista de modas, de la ropa, zapatos y tocado de una de las damas⁴⁴. Perdura en las galas femeninas el esquema de dos colores que también prevalecía en los lujosos atuendos de moros y moras descritos en el primer libro. En conjunto se observa que la técnica de la relación de fiestas ha evolucionado en el sentido de acortar distancias con la realidad. No todos los capitanes son jóvenes, gallardos y corteses. Las pruebas, que han de celebrarse sin caballos, miden la fuerza bruta, motivo de frustración para los que son caballeros. No sabemos hasta qué punto estas fiestas son reportaje o amplificación novelesca. Sospecho que más bien esto último, pero en todo caso están tratadas de forma que constituyen un perfecto emblema del proyecto de resucitar el pasado moro y de su inconsistencia.

Las fiestas tienen otra faceta. Por la noche se canta y se baila en la plaza, principalmente en actuación individual o por parejas. La nota dominante en los cantares es la nostalgia, sentimiento que no sólo corresponde a la situación de los rebeldes de 1569, sino que refleja la imagen del rey que perdió Granada y la realidad coetánea del destierro de los moriscos granadinos. El futuro lastimoso llega a plasmar en las endechas que canta, -supuestamente en árabe- una joven a quien la guerra ha dejado sola en la vida, acompañándose con un plato de

43. La prohibición de entrar armado en el Ayuntamiento afectaba a todo caballero, pero se trataba de un punto neurálgico para los neocristianos, pues el derecho a portar armas era uno de los privilegios de hidalguía que veían amenazados.

44. Quien tuviese la pericia que a mí me falta para los estudios semiológicos podría aplicar a ciertos segmentos de las *Guerras civiles de Granada* el tipo de análisis que realiza Roland Barthes en su *Système de la mode* (Paris, Eds. du Seuil, 1967). De los sesenta "genres" incluidos en un inventario (pp.114-118) que abarca, junto a las voces que designan prendas de vestir o complementos del vestuario femenino, conceptos como colorido, materiales, confección, estilo u ornamento, pocos dejarían de estar representados o tener un equivalente en el léxico de Ginés.

estaño. La muerte le sobreviene al acabar el canto (II, Cap. 14, pp. 184-187). Anteriormente otra profecía, formulada en este caso desde la astrología pero unida a las reivindicaciones de los moriscos, ha quedado sellada con el suicidio de quien hace el vaticinio (II, Cap. 9, pp. 92-94).

A lo largo del libro, junto a figuras históricas como Abenhumeya, Abenabó o El Havaquí, gestor de la rendición, aparecen algunos miembros de la colectividad morisca captados con leve trazo en una faceta que los individualiza a la par que los integra en el panorama de este pueblo. Se nos muestra la oscilante beligerancia del defensor cristiano de Cantoria, Abenayx, incorporado luego al bando rebelde (II, Cap. 5, pp. 52-55 y Cap. 14, pp. 169-170),⁴⁵ y la fiereza de una guerrillera mora -la Zarçamondonia- (II, Cap. 20, p. 253, Cap. 21, pp. 261 y 281), que se parece menos a las heroínas sarracenas de los poemas cultos que a la temible serrana de Gargantalaolla, aunque la mueve un sentimiento heroico⁴⁶. Revive el autor su fascinación ante el porte caballeroso del Capitán Maleh (II, Cap. 14, pp. 172-173) o la medida de El Havaquí (II, Cap. 2, p. 17). Recuerda la portentosa agilidad del cabecilla de raza negra Farax, inalcanzable en sus escaladas y dueño del terreno en la sierra. (II, Cap. 6, pp. 62-63 y Cap. 12, p. 117) En él se encarna la figura del monfí, y acabará significativamente siendo corsario. También "suelto como un pensamiento" (II, Cap. 14, p. 179) resulta Gironcillo, que empezó siendo montero del Marqués de Mondéjar. Esta persona real, de quien hoy sabemos documentalmente que sobrevivió a la guerra,⁴⁷ se pergeña en el libro de fines del siglo XVI como un personaje de melodrama romántico: no falla un tiro en las batallas; en los festejos desfila engalanado, portando alfanje y escopeta, y acaba el día cantando su añoranza de Granada en esa fiesta bilingüe que no sabemos si reflejó o inventó el autor. (II, Cap. 5, p. 50; Cap. 7, p. 69, y Cap. 14, pp. 182-183). También de la amante de Abenhumeya se dice en otro contexto que era "gran música de voz y de tañer a la morisca y a la española." (II, Cap. 16, p. 201). La confluencia de las dos culturas se produce, tanto al nivel del personaje que actúa en una trama de

45. Cf. Carrasco Urgoiti, "La cultura popular de Ginés Pérez de Hita", *Revista de Dialectología y Tradiciones Populares*, XXXIII (1977), 1-21. En las páginas que siguen resumo parte de mi artículo "Perfil del pueblo morisco según Pérez de Hita (Notas sobre *Segunda parte de las Guerras civiles de Granada*)", *Revista de Dialectología y Tradiciones Populares*, XXXVI (1981), 53-84. Anteriormente examiné diversos aspectos de la *Segunda parte* en el cap. 8 de *The Moorish Novel*.

46. Me refiero a la leyenda en que se basa la comedia de Luis Vélez de Guevara *La Serrana de la Vera*. Cf. la edición de Enrique Rodríguez Cepeda (Madrid, Cátedra, 2a. ed., 1982).

47. Como saltador de caminos se alude a él en un documento inquisitorial utilizado por Louis Cardaillac, *Morisques et chrétiens: Un affrontement polémique (1492-1640)* (Paris, Klincksieck, 1977), pp. 66-67.

ficción, como del que simplemente emerge con cierto relieve en la memoria del autor.

Dos son los moriscos que Pérez de Hita ha visitado en la Mancha (II, Cap. 12, p. 127 y Cap. 24, p. 339) y justamente se trata de los protagonistas de dos episodios amorosos obviamente novelados. Ello podría hacernos sospechar que el viaje mismo pudo ser tan ficticio como el manuscrito de Aben Hamín, supuesto original de la Primera Parte, pero el autor especifica que al ir a Madrid por gestiones de publicación visitó a los moriscos de Vélez Rubio. Recuerdo y fabulación se entretrejen y no podemos separar los hilos. El primer caso puede definirse como una transferencia del tema de *El Abencerraje* al clima rudo de esta contienda. Consciente de ello, Pérez de Hita advierte "y si no fuera porque esta Historia es toda coscorrones y armas y batallas, tratáramos las ternezas destes dos amantes y sus estremados amores" (II, Cap. 14, p. 153). De hecho introduce variaciones que hacen imposible la relación de paridad, tan bien matizada en la obrita anónima, entre los protagonistas moro y cristiano, ya que la función de Rodrigo de Narváez se reparte entre el soldado que le prende y el Marqués de los Vélez. Pero el morisco enamorado, conserva vestigios de heroicidad, tanto por su valentía como por su deseo de compartir el cautiverio de la amada. Postura que no lo aleja mucho de las circunstancias reales, ya que hubo familias granadinas que asumieron grandes sacrificios por librar de la esclavitud a uno de sus miembros, aunque al mismo tiempo pueda reflejarse aquí un motivo novelístico renacentista, que llegó a Cervantes y fue estudiado por Dámaso Alonso⁴⁸.

Por último he de referirme al episodio trágico que Calderón llevaría a la escena en *Amar después de la muerte o el Tuzaní de la Alpujarra*⁴⁹. En este caso Pérez de Hita puede desarrollar el tema sin cortapisas, pues emana de las más trágicas y crudas circunstancias de la guerra. En él culmina una serie de estampas centradas en torno al motivo de la mujer muerta (II, Cap. 3, p. 19; Cap. 8, p.

48. "Maraña de hilos", *Del Siglo de Oro a este siglo de siglas* (Madrid, Gredos, 1927), pp. 275-282. El motivo inicia la acción de *Los Baños de Argel*, pero Cervantes lo orienta de acuerdo con una realidad de su tiempo, como bien observa Jean Canavaggio, *Cervantès dramaturge* (Paris, Presses Universitaires de France, 1977), p. 72.

49. Han estudiado esta obra Angel Valbuena Briones, "La guerra civil de Granada a través del arte de Calderón", en *Homenaje a William L. Fichter*, Madrid, Castalia, 1971, pp. 735-744; José Alcalá Zamora "Individuo e historia en la estructura teatral de *El Tuzaní de la Alpujarra*" en *Calderón. Actas del Congreso ... 1981*, ed. de Luciano García Lorenzo, Madrid, C.S.I.C., 1983, vol. 1, pp. 343-363; José Miguel Caso González, "Calderón y los moriscos de las Alpujarras", *ibid.*, pp. 393-402, y Thomas E. Case, "Honor, Justice and Historical Circumstance in *Amar después de la muerte*", *Bulletin of the Comediantes*, XXXVI (1984), 55-69.

80; Cap. 17, pp. 214-215, y Cap. 22, p. 293), que evidentemente tiene un valor simbólico pero al mismo tiempo refleja una realidad vivida angustiosamente por el autor. Cristiana en algún caso, mora en otros, el cadáver de una joven aparece después de la refriega o el saqueo, cubierto con sus ropas exquisitas. El hallazgo da lugar a un llanto colectivo y despierta, en siniestra escalada, el deseo de venganza. Pero Ginés, con su instinto de fabulador, debió percibir que sólo a través de la sensibilidad de un personaje para quien esa muerte fuese una tragedia personal podía llevar al ánimo del lector la conciencia plena de la catástrofe. Y urdió una peripecia, aprovechando noticias sobre un morisco infiltrado, que no se diferenciaba por el habla ni el aspecto de los demás españoles⁵⁰.

El episodio podría calificarse de novela engarzada, con largos intervalos, en el relato de los hechos de la guerra. Se inicia cuando El Maleh, capitán morisco, ya conocido del lector, en quien la identidad real coincide con ciertas notas propias de la figura del moro sentimental, se inquieta por la suerte que haya podido correr una hermana suya, al caer y ser asolada la villa de Galera (II, Cap. 22, p. 290 y 292). Sale al paso El Tuçaní, que amaba a la joven, y se ofrece a indagar sobre su suerte. Al describir la llegada del joven morisco en una noche tormentosa a la villa asolada, donde sólo alientan perros que aúllan, Pérez de Hita no narra como cronista, sino como autor de ficción, y compone una impresionante escena de novela gótica "avant la lettre". El lector ha de seguir como testigo cada paso de la atormentada búsqueda y de la espera del enamorado, que va retrasando hasta el amanecer la entrada al patio de la casa de la amada, donde al fin hallará, entre otros cadáveres, su cuerpo sin vida. Cuando clama su dolor y su propósito de venganza podemos decir que el protagonista del episodio queda inserto, en clave trágica, dentro de la órbita caballeresca de la novela morisca. También introduce Pérez de Hita el motivo suntuario de la indumentaria lujosa que es indispensable dentro de este género. La doncella Maleha había sido despojada de sus joyas, pero la cubría una camisa "que era rica y labrada, de seda verde, a su usança" (II, Cap. 22, p. 293), detalle que se amplía en el relato del crimen que más adelante El Tuçaní arrancará al asesino, antes de matarle: "y me parece que la veo aora, que la labor de la camisa era de seda verde y grana, muy rica" (II, Cap. 24, p. 331). Esta imagen plasmará también en un cuadrito, cuya belleza ha de llevar más adelante al ánimo de los generales españoles un

50. Una copia manuscrita, en letra de principios del siglo XVII, de la *Guerra de Granada* de Hurtado de Mendoza contiene, entre otras adiciones, el relato de la búsqueda de la doncella mora y del hallazgo de su cuerpo sin vida. Salvo pocas variaciones, coincide con el texto de Pérez de Hita. Cf. Manuel Gómez Moreno, Introducción a ed. crítica de Hurtado de Mendoza, *Guerra de Granada* (Madrid, 1948), Memorial Histórico Español, 49, pp. XXVII-XXXII y 240-243.

movimiento de compasión. Pérez de Hita dice que ha contemplado el retrato cuando visitó a los moriscos desterrados en Villanueva de Alcardete (II, Cap. 24, 339), y se sirve de él para crear un último vínculo entre su experiencia y este ámbito de ficción. El resto de la historia de El Tuçani -es decir su actuación clandestina y su venganza- (II, Cap. 24, p. 325-328 y 330-333) se desarrolla con ambientación y diálogo muy cuidados y culmina cuando expone su historia ante Don Juan de Austria y los altos mandos españoles, que dan por bueno el castigo del culpable y extienden su simpatía hasta el punto de hacer caso omiso de la sospechosa actuación previa del vengador. Don Lope de Figueroa, caracterizado como en *El Alcalde de Zalamea* por sus porvidas y su grandeza de ánimo, lo lleva consigo. Significativamente, aunque sin comentarios, cuenta Pérez de Hita que aquel morisco ahidalgado adoptó el apellido de su protector y sirvió en su compañía, pero sólo hasta la muerte de Don Lope (1585). Después se retiró al pueblo de la Mancha donde vivían otros vecinos de su tierra de origen. Final emblemático en que sentimos que naufragan los sueños integradores del autor.

Los remansos fictivos que hemos comentado pueden restarle crédito como historiador, pero no adulteran las memorias que Pérez de Hita compone. Por el contrario, la invención surgió al hilo de su experiencia y su manera de enfocar el problema morisco. En los tres episodios, pero muy especialmente en el de los amores de Abenhumeya, queda puesta de relieve la dualidad cultural de esos personajes. Es curioso que para ninguno de los protagonistas se plantee la identidad religiosa de una manera acuciante. Si la colectividad morisca ha martirizado a religiosos, Abenhumeya y El Tuçani hacen, si bien de modo incidental y contradiciendo otras actuaciones, una profesión de fe cristiana, en nombre propio o el de la amada (II, Cap. 19, p. 219, y Cap. 24, p 336).

A través de esos segmentos novelados encaraba Pérez de Hita a sus lectores con personas que, ante sus ojos, lo perdieron todo. Unos habían tomado una decisión equivocada; otros se hallaban fatalmente involucrados. Ante una lección de historia reciente que afecta al grupo marginado ha sido siempre fácil reaccionar con despego, si la víctima carece de un rostro individualizado. Pero Ginés llevaba veinticinco años a vuelta con sus recuerdos, y los moldeó de forma que a través de ellos la historia hubiera de captarse en su dimensión humana. ¿Qué lector pudiera no sentirse solidario de las zozobras vividas por los jóvenes moriscos que tan difícilmente abren camino a su unión? ¿Quién no se alegra de que sean capaces de vivir felices, aun en el forzado desarraigo de su tierra natal? Después de encariñarse con ellos, se leerán de otra manera las páginas en que no tienen rostro individual los desterrados que abrazan en su despedida las paredes de sus casas. Cuando al fin la amplificación se modula en clave de tragedia, el

héroe morisco siente el amor y el pundonor según los esquemas de la sociedad española, y éste es quizás el mensaje transmitido con mayor eficacia artística por Pérez de Hita, en su afán por contribuir a que no muera la España morisca. A lo largo del libro, ha llevado a sus lectores a pensar en Abenhumeya con indulgencia, a enternecerse con la pareja separada y reunida, y por último a vibrar con el terror, la desesperación y la sed de venganza de quien ha sido víctima, como el que más pero también como muchos, de la crueldad y desenfreno que se desataron en la "civil guerra" de las Alpujarras.

RESUMEN

Este artículo es un comentario acerca de los dos libros que conforman las *Guerras Civiles de Granada* pleno de sugerentes análisis de carácter literario, estilístico e histórico que brindan una propuesta más de acercamiento a la figura de Ginés Pérez de Hita, encuadrado dentro de un contexto de evidente y continuada vigencia en la historiografía del Reino de Granada.

ABSTRACT

This paper deals with a thoroughly scholarly study about the two books comprising the work of Ginés Pérez de Hita, *Guerras Civiles de Granada*. An analysis of literary and historical elements is provided, as well as stylistic insight to show the elements characterizing the text by author emblematic for the history of the Kingdom of Granada.